

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS

Elba: el origen de un cuento

por Cristina Fernández Cubas



CARMEN MASÍA

Aunque siempre he creído poseer una memoria notable, no puedo acordarme, por más que me esfuerce, de la primera vez que me puse a escribir. Quizás esté completamente equivocada y mi memoria no tenga nada de notable, pero prefiero pensar que la

pretensión de contar historias no surgió como fruto de una decisión consciente, sino de una forma mucho más sencilla. Un simple juego, uno de tantos de mi infancia, al que, seguramente, no concedí demasiada importancia.

No recuerdo pues *la primera vez*.

Pero sí me veo escribiendo, situando aventuras en países en los que no había estado nunca y descubriendo, poco a poco, las infinitas posibilidades escondidas en aquel pequeño entretenimiento íntimo y silencioso. Era un buen juego, no cabía duda. Pero no era el único. Había algo que me

fascinaba muchísimo más y para lo que sigo manifestando una disposición sin límites: escuchar. Debo reconocer que, en este punto, tuve bastante suerte.

Parte de mi vida transcurrió en Arenys de Mar, una localidad costera situada a menos de cuarenta kilómetros de Barcelona. Mi casa se hallaba en un paseo, frente a una playa, a mitad de camino entre el pueblo y el puerto. Desde el terrado, desde el balcón, no se veía el pueblo pero sí el puerto. De alguna manera, creo que mis hermanos y yo vivimos siempre de espaldas a lo cotidiano, de cara a lo desconocido, a la aventura. La casa estaba también atestada de libros, pero a ellos no llegaría hasta mucho más tarde. La primera vez que oí hablar de Edgar Allan Poe fue por boca de mi hermano, único varón entre cinco hijos, interno en un colegio en Barcelona y cuyas apariciones en la casa eran registradas como un verdadero acontecimiento. Nos contó *La Casa Usher* y *El Gato Negro*. Creo —estoy segura— que improvisaba sobre la marcha y añadía datos de su cosecha, pero estoy mucho más segura aún de que muchas de estas precisiones y licencias venían obligadas por nuestras insaciables preguntas. Queríamos saberlo todo acerca de la casa Usher. De cuántos dormitorios disponía, cómo eran las lámparas, los muebles, el número exacto de sillones, sofás y confidentes, biombos o tapices... Años después, cuando por fin leí a Poe, me pareció un excelente escritor. Pero eché a faltar, en determinados pasajes, por lo menos tres sillas y un biombo.

Antes de llegar a Poe —o de que mi hermano nos hiciera el inventario detallado de los bienes Usher— las hermanas conocíamos de sobras que los límites del mundo no eran tan estrictos, rígidos o insalvables como se empeñaban en enseñarnos en el colegio. De esta educación paralela se encargó Antonia García Pagès, una mujer natural de Arenys de Munt, pueblo



HARRY CLARKE, EL GAT NEGRO, BARCELONA: BARCANOVA, 1992.

colindante con Arenys de Mar, que había entrado a trabajar en la casa cuando yo apenas contaba un año de edad. Ignoro de dónde Antonia —a la que recuerdo siempre anciana— nutría su complejo arsenal de prodigiosas historias, pero lo cierto es que narraba con una rara habilidad y precisión. A ratos eran anécdotas de guerra; otros, la muerte de su madre; muy a menudo, amores y venganzas de ultratumba, cuentos de aparecidos o penados, o extraños portentos —ella los llamaba «milagros»— que atribuía, con toda tranquilidad, a familias con nombres y apellidos, a lugares no demasiado alejados de la casa, y que a nosotras, a pesar de que nunca llegásemos a creerla a pies juntillas, nos gustaba pensar que seguramente habían ocurrido o podían volver a

ocurrir en cualquier momento. Los dominios de Antonia se iniciaban en la cocina, en su feudo de cacerolas y pucheros, para prolongarse luego por las gélidas escaleras y alcanzar su cénit en las habitaciones del segundo piso. Mi infancia, pues, exceptuando las largas horas del colegio, transcurrió entre la cocina y el dormitorio. Como en todas las familias de varios hermanos, las enfermedades infantiles operaban sobre nosotros como sobre naipes de una baraja y así —perennemente postradas en nuestros lechos— seguíamos asistiendo al inagotable desfile de prodigios y espantos, hasta que Antonia, envuelta en agobiantes vapores de agua de eucalipto —vahos a los que atribuía virtudes curativas, y a los que achaco yo, ahora, el que nuestras convalecencias

no se acabaran nunca—, nos daba las buenas noches y rezaba tres avemarías a las ánimas del Purgatorio. Antonia siempre alardeó de no necesitar para nada los servicios de un reloj-despertador. Las ánimas, agradecidas, cumplían sobradamente con este cometido y Antonia se despertaba cada día, fresca como una rosa, a las siete en punto de la mañana. El día en que, por primera vez, la anciana no se despertó a la hora convenida comprendimos enseguida que o bien se había olvidado de invocar a sus amigas la noche anterior, o bien las ánimas tenían razones de fuste para desertar de sus obligaciones. Antonia, aquella mañana, amaneció gravemente enferma.

Excepcionalmente a mi madre, que deambulaba por la casa a todas horas y por todas partes, otros miembros de la familia poseían sus propias zonas, tan privadas e incompañables como la nuestra. Primero estaba el salón, convertido en despacho-biblioteca, de uso exclusivo de mi padre y del que surgían, a las horas más impen-sadas, toda suerte de arias, sinfonías y conciertos, a tanta potencia, que me provocaron, durante largos años, un completo rechazo hacia la música clásica. A las irrupciones musicales solían seguir densísimos silencios en los que adivinábamos a su ocupante entregado a secretas aficiones. De todas ellas, la que más me atraía era la que tenía relación con un montón de libros, que entonces me parecían mágicos, y un sinfín de fichas escritas en árabe, en hebreo, en swahili... Mi padre, en solitario, había decidido hacer realidad una de sus quimeras favoritas: confeccionar un diccionario en todos los idiomas del mundo.

Arriba, en fin, junto a la azotea, estaba la habitación del hermano ausente. Desde pequeño, influido con toda probabilidad por los veleros que arribaban o zarpaban del puerto, había resuelto hacerse marino, y mis padres—en un alarde de complacencia inhabitual en la familia— transformaron,

ante su asombro, un dormitorio normal en un auténtico camarote. Construyeron muebles especiales, alzaron una litera y sustituyeron la ventana por un reglamentario ojo de buey. Luego, cuando mi hermano alcanzó la edad en la que uno se atreve a planear su destino y manifestó su vocación—hacerse marino—, mis padres, de nuevo ante su asombro, se lo prohibieron terminantemente. La casa, tan favorecedora de ensueños y repleta por los cuatro costados de leyendas e historias, era, al mismo tiempo, un duro aprendizaje de las contradicciones y desatinos de la vida.

Podría parecer, a simple vista, que en los retazos de infancia que acabo de describir se encontrasen, ya de por sí, algunos elementos «literarios», pero, curiosamente, fue el recuerdo de esta etapa de mi vida lo que me impidió, durante mucho tiempo, entregarme al cometido de escribir. Desaparecidos algunos de los protagonistas de la casa, trasladada la familia a Barcelona, y sospechando ya que lo que se ha ido nunca puede regresar, la infancia, la casa misma, se me interponían como un obstáculo insalvable. Demasiado añorado para olvidarme de él, demasiado cercano para poder recrearlo por escrito y dotarlo de algún interés para alguien más que para mí misma. Dejé, pues, de escribir y me convertí en una lectora desordenada, voraz y empedernida. Hasta que en diciembre de 1973 me embarqué hacia América Latina.

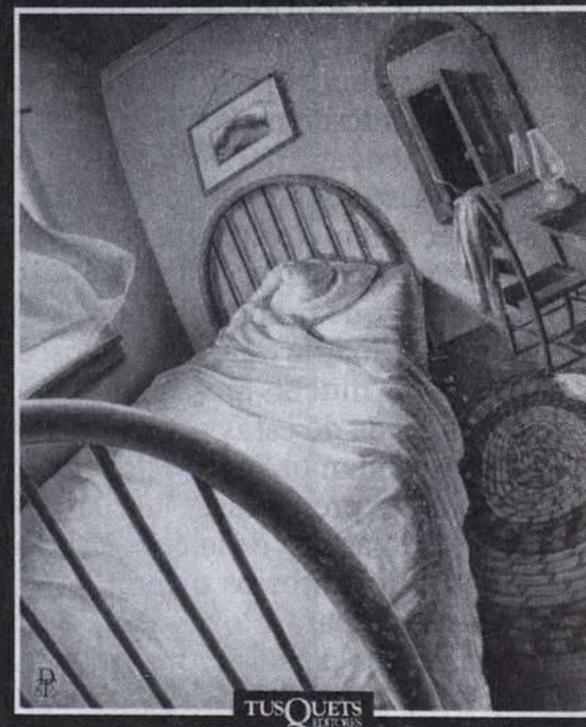
Una prolongadísima estancia en Suecia, en EE.UU. o en El Cairo no me hubiera podido producir los mismos efectos que los escasos dos años en Latinoamérica. No hablo de mis vivencias en aquellas tierras sino del regreso. El mismo día de la vuelta, nada más pisar el puerto de Barcelona, me di cuenta de la distancia que implica un océano y de lo engañoso, en cuanto a cómputo de tiempo, que significa cambiar de país pero no de idioma. Me sentí una extranjera en mi propia tierra, un ser completamente

desarraigado, pero también, al poco, comprobé que, durante aquellos dos años al otro lado del océano, las cosas habían ido ocupando su verdadero lugar en mi memoria y en mi vida. Pude así pasear frente a mi casa natal sin asomo alguno de melancolía, y pude, sobre todo, inventarme una hermana, a la que llamé *Elba*, y escribir un cuento. ■

Bibliografía

Cristina Fernández Cubas
EL ANGULO DEL HORROR

colección *andanzas*



Mi hermana Elba, Barcelona: Tusquets, 1980.

Los atillos de brumal, Barcelona: Tusquets, 1983.

El año de Gracia, Barcelona: Tusquets, 1987.

Cris y Cros. El vendedor de las sombras, Madrid: Alfaguara, 1988.

Elba-Brumal, Barcelona: Tusquets, 1988.

El ángulo del horror, Barcelona: Tusquets, 1990.